

# Lenguas, lingüistas y el problema de la lengua aragonesa.

## Una perspectiva biolingüística\*

Languages, linguists and the problem of Aragonese language

JOSÉ-LUIS MENDÍVIL-GIRÓ  
*Universidad de Zaragoza*

*Resumen.* El objetivo de la presente aportación es plantear qué es una lengua desde el punto de vista biolingüístico y reflexionar sobre qué implicaciones tiene dicha aproximación para el concepto de lengua humana en general y para la problemática de la llamada lengua aragonesa en particular. La conclusión propuesta implica que desde el punto de vista biolingüístico la distinción entre diferentes lenguas es arbitraria y que, por tanto, la controversia sobre la unidad o diversidad de la lengua aragonesa no es científica, sino estrictamente política.

*Palabras clave.* Aragonés, lengua natural, lengua-i, lengua-e.

*Abstract.* The aim of this contribution is to show what a language is from a bi-linguistic point of view, and to reflect on the implications of this approach for the concept of human language in general, and for the problem of the so-called Aragonese language in particular. The proposed conclusion implies that from a bi-linguistic standpoint the distinction between different languages is arbitrary, and therefore that the controversy about the unity or diversity of the Aragonese language is not scientific, but a strictly political one.

*Keywords.* Aragonese, natural language, I-language, E-language.

---

\* Una versión previa del texto se presentó oralmente el 17 de noviembre de 2011 en las *Jornadas en torno a la filología aragonesa: pasado y presente en recuerdo de Manuel Alvar (1923-2001)*, organizadas por la Institución «Fernando el Católico» de Zaragoza con la coordinación de José María Enguita, a quien agradezco la invitación. Asimismo, una versión previa de la parte introductoria del presente texto se publicó como Mendívil-Giró (2012). Parte de la investigación subyacente está subvencionada por el proyecto FFI2017-82460-P (Agencia Estatal de Investigación y FEDER, UE) y por la ayuda del Gobierno de Aragón al grupo *Psylex (Lenguaje y cognición)*.

## 1. LENGUAS Y ESPECIES

El punto de vista biolingüístico es aquel según el cual el lenguaje es concebido como un atributo humano biológicamente determinado. Tal punto de vista, caracterizado como internista y naturalista, coincide centralmente con la llamada gramática generativa o lingüística chomskiana<sup>1</sup>. Desde dicho punto de vista, las lenguas humanas se conciben como diferentes estados de una facultad del lenguaje homogénea y biológicamente determinada. Las lenguas, pues, son desde este punto de vista más parecidas a los objetos naturales que a las instituciones sociales. Por tanto, nada más oportuno que emplear la antigua comparación entre lenguas y especies para ilustrar la argumentación y hacerla más concreta e inteligible.

Ya el propio Darwin manejó la comparación entre lenguas y especies y declaró que la evolución de unas y de otras era «curiosamente paralela» («curiosamente la misma» llegó a escribir)<sup>2</sup>. Y, en efecto, como las especies naturales, las lenguas (eso que llamamos ruso o alemán) no son sino agrupaciones de «individuos» semejantes. Como las especies, las lenguas cambian, se separan en ramas descendentes y, con frecuencia, se extinguen. También observamos que las lenguas se agrupan en familias y grupos mayores según su origen histórico, y que se subdividen en variedades, dialectos, hablas, etc. Y lo mismo sucede con las especies naturales (como la de los perros o la de los caballos): se agrupan en familias, filos y reinos y se subdividen en subespecies, variedades o razas<sup>3</sup>.

## 2. LINGÜISTAS Y BIÓLOGOS

Suele decirse que la tarde de marzo de 1953 en la que Francis Crick, acompañado de James Watson, entró en el *Eagle*, su pub favorito de Cambridge, revelando que habían descubierto «el secreto de la vida», la biología se partió en dos. Había nacido la biología molecular y, casi a la vez, había muerto la biología tradicional. Los biólogos mayores se

---

1. Véase Jenkins (2000) para una presentación programática y Boeckx *et al.* (2012) para una revisión más completa y actualizada.

2. «The formation of different languages and of distinct species, and the proofs that both have been developed through a gradual process, are curiously the same» (Darwin 1871). La edición revisada de 1874 y las posteriores dicen «curiously parallel».

3. Para una revisión detallada de la comparación entre lenguas y especies, véase Mendívil-Giró (2006 y 2009).

resistieron y se ensayó una suerte de división entre la macro-biología y la micro-biología, pero la suerte de la primera estaba echada. Los macro-biólogos dejaron de ser el centro de la disciplina y acabaron convirtiéndose en una rama ancilar (aunque respetable) de la biología molecular, o sea, ya de la biología a secas. La élite de la investigación biológica dejó de hablar de rumiantes, de reinos y de migraciones y se centró en genes, proteínas y aminoácidos. Los cuadernos de campo y los prismáticos quedaron relegados por los microscopios y las probetas. Y los macro-biólogos se convirtieron en *naturalistas*. Para el naturalista la especie es el centro de su universo. Los hongos, mamíferos y trilobites son su preocupación y su moneda de cambio. Sin embargo, para el biólogo molecular, la especie es un dato más, un factor emergente en el que se empaqueta lo que le interesa. El biólogo molecular no opera con especies, sino con individuos y, sobre todo, con sus componentes y sus intrincadas relaciones.

Y también hay, por así decirlo, «lingüistas naturalistas» y «lingüistas moleculares» (y muchas veces, como en biología, una misma persona puede ser las dos cosas). Unos no son mejores que los otros, simplemente son distintos. Y también son distintos sus afectos y sus intereses. Para el «lingüista naturalista» la lengua es lo que importa: cómo cambia en el tiempo, cómo interactúa con otras, cómo la usan las personas, cómo se escribe o debería escribirse, cómo muere y cómo se puede preservar. Para el «lingüista molecular» lo importante no son las lenguas, sino de qué están hechas. Interesan los individuos (las gramáticas mentales de las personas) y, sobre todo, sus mecanismos internos, cómo se relacionan con otros componentes de la mente y qué principios o propiedades explican su estructura y su desarrollo en el individuo.

El biólogo pretende explicar los fundamentos de la vida y su posible reducción a los principios más básicos de la química y la física, mientras que el naturalista se centra en describir y clasificar las formas de vida y su evolución. Del mismo modo, el «lingüista-molecular» pretende explicar los fundamentos del lenguaje humano y, si es posible, reducirlos a los principios básicos de la cognición y de la organización mental y cerebral de los seres humanos, mientras que el «lingüista-naturalista» se centra en describir y clasificar las lenguas y estudiar cómo cambian en el tiempo y en el espacio.

### 3. LENGUA-I Y LENGUA-E

He afirmado que tanto las especies como las lenguas son agrupaciones de individuos semejantes. Así, una especie natural está formada por individuos (por ejemplo animales) que son lo suficientemente semejantes como para procrear otros individuos capaces, a su vez, de reproducirse. Un orangután y una persona se parecen más entre sí que un orangután y una vaca, pero las tres son especies distintas. Sabemos que la mayor semejanza entre un orangután y una persona se debe a que el ancestro común de ambos es mucho más reciente (de hace unos seis millones de años) que el ancestro común de los dos con las vacas (de hace cientos de millones de años).

Por su parte, una especie lingüística, una lengua, está formada por individuos («gramáticas mentales») lo suficientemente similares como para permitir a sus poseedores comunicarse fluidamente. El equivalente lingüístico del organismo natural (por ejemplo, un tigre) es, por tanto, la «gramática mental», el órgano del lenguaje de cada persona, esto es, aquel estado de su mente y su cerebro que le permite hablar con otras personas. El equivalente lingüístico de la especie natural es por tanto la agrupación de órganos lingüísticos que son lo suficientemente semejantes como para permitir la mutua inteligibilidad, esto es, lo que llamamos comúnmente *una lengua*.

Y del mismo modo, el español y el francés se parecen más entre sí que el francés y el ruso, pero son tres lenguas distintas. Así, sabemos que la mayor semejanza entre el español y el francés se debe a que su ancestro común es mucho más reciente (de hace unos 1500 años) que el ancestro que comparten con el ruso (de hace unos 6000 años).

En biología normalmente no hay confusión entre el organismo y la especie, pero en lingüística la terminología es más confusa (y también las ideas al respecto). Si aceptamos el modelo de comparación esbozado, entonces parecería que la palabra *lengua* sirva tanto para el equivalente del organismo como para el equivalente de la especie, lo que ha sido —y sigue siendo— fuente de mucha controversia y de graves equívocos en nuestra disciplina. Por ello, algunos autores han propuesto convenciones terminológicas para evitar la confusión. Así, a esas «gramáticas mentales» que las personas tienen en su cerebro y que les permiten entender lo que otros les dicen las llamaremos, siguiendo a Chomsky (1985), *lengua interna* (lengua-i en lo sucesivo). La lengua-i es, pues, el órgano del lenguaje de una persona, esto es, el conocimiento implícito que tiene

de su lengua, algo que puede describirse como un estado o propiedad del cerebro de esa persona. En tal caso podemos concluir que hay al menos tantas lenguas-i como personas, puesto que cada persona (casos patológicos al margen) tiene al menos una lengua-i en su cerebro. Como lo más habitual en nuestra especie (en contra de la creencia occidental) es que las personas hablen más de una lengua, podemos decir con total seguridad que hay muchas más lenguas-i que personas.

Desde el punto de vista biolingüístico que estoy adoptando, lo único real, existente, son esos miles de millones de lenguas-i. Todo lo demás (variedades, dialectos, lenguas, familias, etc.) son abstracciones que hacemos agrupando lenguas-i en función de su semejanza, de su distribución geográfica o de su origen histórico. Nótese que lo mismo sucede en el ámbito biológico: lo que realmente existe son los estados emergentes de la materia que denominamos formas de vida, los organismos (esto es, los billones de animales, plantas, hongos, etc., que viven en el planeta), mientras que las variedades, especies, géneros, reinos, etc., son abstracciones que hacemos basándonos en la semejanza morfológica y en el origen histórico. Una lengua-i, desde este punto de vista biolingüístico, es, pues, un objeto natural (cognitivo) históricamente modificado. Y eso es precisamente lo que son los organismos naturales que se agrupan para formar especies naturales: objetos naturales históricamente modificados<sup>4</sup>.

En efecto, el órgano del lenguaje de una persona, su lengua-i, además de un objeto natural, también es un objeto histórico. El órgano del lenguaje de una persona que habla francés es distinto al de una persona que habla ruso: los dos comparten (supuestamente) un código fundamental que llamamos convencionalmente *Gramática Universal* (y que suponemos natural o biológicamente condicionado), pero se diferencian por sucesos contingentes que solo podemos explicar históricamente. Migraciones, cambios divergentes, préstamos y aislamiento produjeron dos objetos naturales distintos (en realidad, millones de ellos, tantos como hablantes de las dos lenguas mencionadas).

Pero es importante que tengamos en cuenta que el hecho de que la lengua-i de una francesa y de una rusa sean históricamente distintas no debe hacernos pensar que se trate de objetos puramente históricos,

---

4. La lengua-i es un objeto natural en el sentido en el que lo son el resto de sistemas cognitivos de las personas, como la visión o la memoria a largo plazo, asumiendo que no hay una separación neta entre lo natural y lo no natural en función del grado de abstracción con el que se aborde un órgano mental (un sistema cognitivo) o uno físico (como el cerebro o el páncreas).

del mismo modo que un caballo y un búfalo son objetos históricos distintos, pero no son netamente históricos, sino también naturales. Al igual que no hay dos personas —ni dos tigres— iguales, tampoco hay dos lenguas-i iguales. Por supuesto, si vemos dos personas y un tigre, enseguida decidimos que, comparadas con el tigre, las dos personas son iguales (tienen dos piernas, dos brazos, piel desnuda sin rayas, etc.), haciendo abstracción de sus obvias diferencias (o sea, estamos diciendo que las dos personas pertenecen a un grupo —especie— y que el tigre pertenece a otro). Del mismo modo, si oímos hablar a dos francesas y a un ruso, enseguida decidiremos —aunque no entendamos una palabra— que las francesas hablan lo mismo, y que el ruso no. Lo que estamos afirmando entonces es que las dos francesas hablan la *misma* lengua. Pero aquí ya no estamos hablando de la lengua-i (puesto que esta es diferente en cada persona), sino que estamos hablando de la *lengua externa* (o lengua-e).

Aunque el término *lengua-e* (también acuñado por Chomsky) tiene usos muy variados en la bibliografía, el único sentido relevante para el punto de vista que nos interesa ahora es el que es equivalente al concepto de especie, esto es, simplemente como un grupo de lenguas-i *suficientemente semejantes entre sí*. Así, llamamos *francés* a aquel conjunto potencial formado por todas las lenguas-i pertenecientes a personas que, cuando hablan, nos suenan a francés. Otras tradiciones lingüísticas usan el concepto de lengua-e de manera distinta, bien sea como el conjunto de emisiones de los hablantes de una comunidad, bien sea como una noción cultural o social, esto es, como una institución social o como una especie de código compartido. No se pretende decir que sean nociones incorrectas o inútiles, sino que simplemente son irrelevantes desde el punto de vista biolingüístico, porque este punto de vista es cognitivo<sup>5</sup>.

Pero hay muchos lingüistas que no aceptan esta relación entre la lengua-i y la lengua-e, en el sentido de que afirman que lo que realmente existe es la lengua-e (el ruso o el francés), mientras que la lengua-i no sería sino una manifestación —incompleta e imperfecta— de la lengua-e en la mente de las personas. Esta concepción recuerda claramente a la visión clásica de Saussure, quien definía la lengua (frente al habla) como «la parte social del lenguaje», puesto que «la lengua no existe perfectamente más que en la masa», en el grupo de hablantes (Saussure

---

5. Como ha señalado Smith, «si bien es habitual hablar del “idioma inglés” hablado en distintos continentes y en distintos siglos, una entidad tan dispersa en el espacio y en el tiempo no puede responder a ninguna realidad mental ni psicológica» (1999: 203).

1916: 79, 78). Pero, aunque relativamente frecuente, es una manera extraña de pensar desde el punto de vista del «lingüista molecular». Sería lo mismo que decir que lo que existe realmente es la especie de los tigres, y que los tigres que encontramos en la naturaleza no son sino manifestaciones concretas (e imperfectas) de la especie de los tigres, que tendría una especie de existencia platónica.

Parece más razonable asumir que los individuos (sean lingüísticos u orgánicos) preceden «ontológicamente» a los grupos que podemos hacer basándonos en sus semejanzas y diferencias. Pero no es así habitualmente en lingüística. Así, la falsa creencia de que las lenguas-e son las que existen primariamente es, en mi opinión, una de las causas del estado fragmentado y contradictorio de la lingüística actual, un asunto que, en todo caso, excede el alcance de esta aportación (véase Moreno/Mendívil-Giró 2014 para un desarrollo de esta idea). Sin embargo, esta falsa creencia también está detrás de buena parte de los malentendidos y opiniones contradictorias que los lingüistas ofrecemos respecto del llamado aragonés, como espero mostrar en los apartados siguientes.

#### 4. DELIMITANDO LAS LENGUAS-E

Dotados de la distinción entre lengua-i y lengua-e tal y como las hemos definido, ya estamos en disposición de emplear adecuadamente estos términos. Así, a la pregunta típica de cuántas lenguas hay en el mundo, deberíamos responder que *depende*. Si nos preguntan por lenguas-i, tendríamos que responder que hay miles de millones; si nos preguntan por lenguas-e, tendríamos que decir que quizá unos pocos miles (entre cinco y siete mil será la respuesta que halleemos en manuales y enciclopedias). A la pregunta de qué es una lengua, también tendremos que responder con un *depende*. Si hablamos de lengua-i, entonces tendremos que responder que, *grosso modo*, una lengua-i es un sistema de conocimiento de una persona, un órgano mental, un estado de su cerebro. Si hablamos de lengua-e, entonces tendremos que responder simplemente que es un conjunto de lenguas-i lo suficientemente semejantes entre sí.

Y aquí está el *quid* de la cuestión que nos preocupa ahora, en la noción de *suficientemente semejantes entre sí*. Esta respuesta, aun siendo quizá la mejor que podemos dar, plantea no pocos problemas. El principal es qué cuenta como *suficientemente semejante*, esto es, qué grado de semejanza hace falta para decidir si dos lenguas-i cualesquiera forman

parte o no de la misma lengua-e (de la misma «especie lingüística»). Claro que ya no debería resultar sorprendente observar que exactamente el mismo problema se plantea en biología: ¿cómo decidimos si dos organismos que son muy parecidos pero tienen ciertas diferencias pertenecen a dos variedades de la misma especie o a dos especies distintas?

En biología el criterio tradicional es el de la reproducción fértil. Así, un mastín y un pekinés son animales relativamente distintos, pero los agrupamos en la misma especie (*Canis canis*) porque —al menos en teoría— pueden cruzarse y procrear otros perros que, a su vez, pueden seguir procreando perros. Una vaca y un búfalo son animales relativamente semejantes, pero pertenecen a distintas especies (*Bos taurus* y *Syncerus caffer*, respectivamente) porque no pueden cruzarse. Sin embargo, lejos de ser un criterio objetivo y claro, la capacidad de procreación fértil es un criterio relativamente arbitrario y difuso. ¿Qué sucede con los burros y los caballos? Aunque pertenecen a dos especies distintas, pueden procrear entre ellos. Como los descendientes de los cruces de burros y caballos (los mulos y los burdéganos) suelen ser infértiles, decidimos que son especies distintas. ¿Y los tigres y los leones? Normalmente no procrean entre sí porque viven en distintos continentes, pero en cautividad se pueden obtener ligres, esto es, descendientes de un león y una tigresa, que no siempre son estériles (a diferencia de lo que pasa con los tigones, descendientes de una leona y un tigre macho, que lo suelen ser).

Si el criterio de delimitación de los límites de una especie natural es difuso y relativamente arbitrario, otro tanto sucede con las lenguas, lo que está agravado además por la naturaleza abstracta y relativamente inaccesible de los individuos lingüísticos, esto es, de las lenguas-i. Es común entre los profanos (y hasta entre algunos especialistas) pensar que los lingüistas pueden determinar con exactitud si dos lenguas-i son de la misma lengua-e o no. Esa errónea asunción está basada en la falsa creencia de que las lenguas-e tienen una existencia propia más allá de las lenguas-i que hay dentro de las personas. Pareciera como si las lenguas-e tuvieran existencia «ahí fuera» (o en un mundo platónico ideal o en la sociedad) y que, dadas dos muestras de dos lenguas-i concretas, nuestra tarea fuera la de decidir si «pertenecen» a una o a otra lengua-e.

Por supuesto que hacemos cosas así a menudo, pero solo en apariencia: en realidad lo que hacemos es intentar determinar, basándonos en las semejanzas y diferencias, a qué tipos de lenguas-i conocidas se parecen más dichas emisiones. Pero nótese que no se trata de identidad o de pertenencia en sentido matemático, sino siempre de mayor o menor



grado de semejanza. Si alguien nos ofrece escuchar la grabación de una voz hablando y nos pide que determinemos si la persona grabada está hablando, por ejemplo, en francés o en italiano, en cierto modo estaremos intentando determinar a qué grupo (el italiano o el francés) «pertenece» dicha emisión, pero eso es solo una manera de hablar: lo que en realidad estaremos haciendo es evaluar con cuál de los dos grupos de lenguas-i conocidos (los que llamamos francés e italiano) guarda más semejanzas el fragmento escuchado. Normalmente no tendremos problemas en esa tarea, ya que el francés y el italiano son bastante diferentes (del mismo modo que no tenemos problemas para decidir que un gorrión y una lechuza son aves diferentes), pero lo relevante es que no existe un procedimiento ni un criterio objetivo para tomar la decisión. Siempre será un criterio arbitrario basado en la difusa noción de *grado suficiente de semejanza*. La cuestión crucial entonces es cómo determinamos qué grado de semejanza cuenta como suficiente, esto es, cómo determinamos en qué aspectos y en qué grado deben parecerse dos lenguas-i para que las consideremos variantes de la misma lengua-e o para que, al contrario, decidamos que son muestras de dos lenguas-e diferentes.

Aunque suele resultar frustrante para el profano, la única respuesta que la lingüística, como ciencia, puede ofrecer es que dicho criterio se basa en la *mutua inteligibilidad*, esto es, en si dadas dos lenguas-i cualesquiera, sus respectivos usuarios pueden entenderse mutuamente. Dixon (1997) argumenta con razón que ese es el único criterio *lingüístico* válido, y que todos los demás criterios son *políticos* (usando el término *políticos* en un sentido amplio). Nótese que el criterio de mutua inteligibilidad se correlaciona con el criterio de reproducción fértil aplicado a los organismos. En ambos casos se trata de umbrales que requieren un acusado grado de semejanza. El problema es que la mutua inteligibilidad también es una cuestión de grados y que también deberemos imponer al final un criterio arbitrario para decidir si la hay o no. Así, ¿qué cuenta como mutua inteligibilidad?, ¿el cien por cien? En tal caso nunca podría decirse que existe. ¿El cincuenta por ciento? Parece demasiado poco. Y, de cualquier manera, ¿cómo se mide el grado de mutua inteligibilidad? No hay respuestas claras.

Es tentador considerar los casos de reproducción infértil mencionados con las situaciones de inteligibilidad asimétrica, como la que hay, por ejemplo, entre el español y el portugués<sup>6</sup>. Dixon, un consu-

---

6. Normalmente los hablantes de portugués monolingües entienden mejor a los hispanohablantes que al revés.

mado especialista en la clasificación de lenguas, se atreve a concluir que español y portugués son (variantes de) la misma lengua. Bien es cierto que lo hace en un contexto de explicación metodológica de la lingüística comparada (Dixon 1997) y no en las actas de un congreso de romanística<sup>7</sup>.

Todo esto se explica porque las lenguas-i (como los organismos) no son ejemplares (*tokens*) de tipos (*types*) previamente definidos. Si se nos ofrece un conjunto cualquiera de números naturales, podemos demostrar sin lugar a dudas cuáles pertenecen al conjunto de los números pares y cuáles al conjunto de los números impares, o cuáles son números primos y cuáles no lo son. Lo importante es que en esa operación no entran cálculos de grado de semejanza: no hay un número un poco menos par que el 4 o un número un poco menos primo que el 5. Supongamos ahora que, en lugar de un conjunto de números, se nos ofrece un conjunto de animales (por ejemplo dos ratones, una rata y un gato) y se nos pide que los agrupemos por especies. No podremos ofrecer una demostración matemática de a qué clase pertenecen ni de que los dos ratones pertenecen a la misma especie. En el mejor de los casos podríamos comparar los cuatro individuos gen a gen. Si hiciéramos eso, en un momento dado estaríamos en disposición de decir que los dos ratones comparten algunos genes más entre sí que con el resto de organismos, por lo que decidiríamos que, aunque no son idénticos, pertenecen a la misma especie, de la que están excluidos los demás. Tendríamos razón, pero no como en el caso de los números, sino simplemente porque hemos establecido que el grado de semejanza entre los dos ratones es lo suficientemente alto como para considerarlos, arbitrariamente, de la misma clase (especie).

Nótese que la afirmación de que el criterio es arbitrario no significa que sea gratuito o que no sea relevante o útil. Lo único que eso significa es que previamente hemos establecido, basándonos en criterios *externos* a los propios objetos en cuestión, cuál es el límite que consideraremos suficiente. En este sentido, la tarea de decidir si dos lenguas-i pertenecen a la misma lengua-e es más parecida a la de los ratones que a la de los números.

---

7. El criterio es subjetivo, pues depende del punto de vista. La decisión de Dixon se entiende porque es la visión de un lingüista (de habla inglesa) acostumbrado a lidiar con la clasificación de los varios centenares de lenguas australianas, muchas de ellas con diferencias dialectales mucho mayores que las detectables comparando el portugués y el español escritos. Por su parte, el propio Hitler, de habla alemana, se preguntaba cómo es que España e Italia eran naciones distintas siendo que hablaban *la misma lengua* (véase Juaristi 1997).

## 5. EL CONTINUUM DE LAS LENGUAS HUMANAS

La implicación más relevante de este estado de cosas es que la realidad que subyace, tanto en biología como en lingüística, es la de una continuidad. He sugerido que el criterio de inteligibilidad mutua no es sino el equivalente lingüístico del criterio de la capacidad reproductiva fértil para definir las especies naturales, que se conoce como «criterio biológico» (Mayr 1942). En general es un criterio claro que se centra en el aislamiento reproductivo (Mayr define las especies como comunidades reproductivas) pero, como se ha señalado, eso no significa que esté libre de zonas borrosas. A los ejemplos mencionados es interesante añadir el caso de las llamadas *especies anillo*. Una especie anillo es una serie conectada de poblaciones vecinas cada una de las cuales puede cruzarse con las adyacentes. Sin embargo, entre poblaciones distantes en los extremos se han acumulado tantas diferencias que ya no pueden cruzarse entre sí. En todo caso, aún es posible un cierto flujo de genes entre las poblaciones, a través de las «fronteras fértiles». Cuando esas poblaciones genéticamente conectadas pero que no se pueden reproducir entre sí viven en zonas cercanas, se representan como un anillo. Un caso bien conocido es el de ciertas gaviotas en el Ártico (*Larus*). El problema, claro está, tiene que ver con el hecho biológico de que la reproducción fértil no parece ser una relación transitiva. Si A puede cruzarse con B diremos que A y B forman parte de la misma especie. Si B puede cruzarse con C, diremos que B y C pertenecen a la misma especie, pero entonces A y C, que no pueden cruzarse entre sí, tienen que ser a la vez la misma especie y una especie distinta. Las especies anillo son ejemplos de que el concepto biológico de especie no es tan claro y robusto como aparenta en principio.

Claro que a los lingüistas nada de esto debería extrañarles, pues ya en el siglo XIX se hablaba de continuos dialectales y el propio Bloomfield (1933) los definió precisamente como áreas dialectales continuas entre cuyos extremos se pierde la intercomprensión:

La diferencia entre lugar y lugar es pequeña, pero, a medida que uno viaja en cualquier dirección, las diferencias aumentan, hasta el punto de que los hablantes, digamos de los extremos opuestos del país, no pueden comprenderse unos a otros, aunque no haya una línea de demarcación lingüística tajante entre los lugares en que viven (Bloomfield 1933: 58)<sup>8</sup>.

---

8. Considérese, a modo de ejemplo más reciente, el siguiente texto, tomado de un traductor de la Comisión Europea: «Un viajero que comience a caminar en el Algarve, cruce Portugal y España en diagonal, atraviese Aragón y Cataluña, después Francia y Luxemburgo y termine, digamos, en Tréveris,

Estas reflexiones no buscan trivializar ni, por supuesto, descartar la noción de lengua-e como un concepto central de la lingüística (ni, por supuesto, el de especie natural en biología), sino señalar lo incoherente que sería para la teoría lingüística dar preferencia ontológica a la lengua-e sobre la lengua-i, algo que, sin embargo, de manera más o menos explícita, caracteriza a parte de la lingüística actual.

El esquema de la Figura 1 quiere representar la realidad existente, esto es, un conjunto de lenguas-i, cada una representada por un punto. El grado de proximidad entre esos puntos refleja el grado de semejanza y, por tanto, de intercomprensión. Si trazamos una línea (proporcional al grado de semejanza) uniendo los puntos adyacentes obtendríamos una malla continua, pero no homogénea. Por supuesto, conforme dos puntos se van alejando en el espacio, la semejanza decrece. Cuando los puntos están muy concentrados y tienen un cierto vacío alrededor, formando *grupos*, entonces los consideramos una lengua-e. Pero lo importante es que esa segmentación es arbitraria, superpuesta a la realidad continua, como en el caso de las especies naturales.

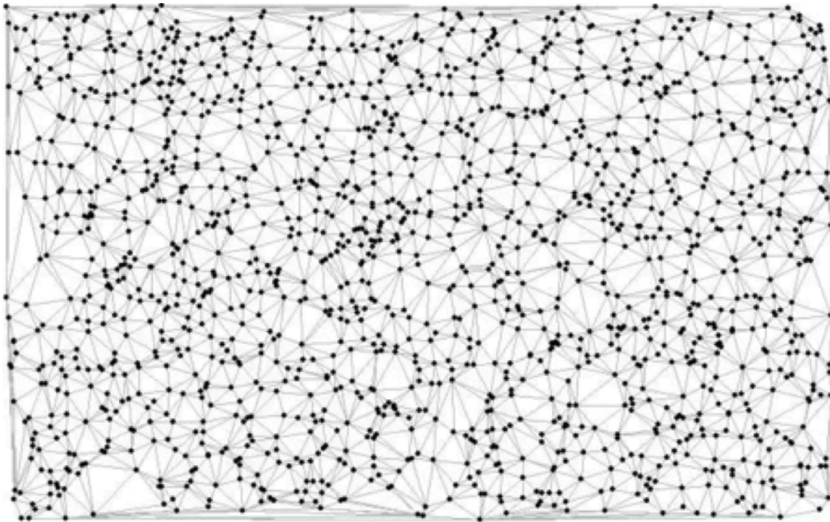


FIGURA 1. Cada punto representa una lengua-i. Las líneas entre puntos representan la semejanza de manera proporcional (a más longitud menos semejanza). Las concentraciones de puntos representan lenguas-e.

---

nunca encontrará dos pueblos contiguos que no se comprendan. Sin embargo, habrá pasado del portugués al alemán. O, con más precisión, de Portugal a Alemania, pues las fronteras son nacionales, no lingüísticas» (Turrión 2010: 59).

La situación lingüística del noreste de Aragón podría ser un buen ejemplo real de tal continuidad. Si atendemos, por ejemplo, a la caracterización que hallamos en la *Gran Enciclopedia Aragonesa* de la Ribagorza leemos párrafos como el siguiente:

Las hablas ribagorzananas corresponden, en cuanto a su extensión, esencialmente a tres cuencas hidrográficas: al oeste, la del río Ésera, hablas netamente aragonesas, pero influidas por el catalán; en el centro, la cuenca del río, la zona de transición propiamente dicha, pero con hablas fundamentalmente catalanas (en el sur del valle del Isábena incluso hablas mixtas); y al este, la cuenca del río Noguera Ribagorzana y de su afluente, la Noguera de Tor (o Valle de Bohí), con hablas catalanas, influidas por el aragonés. En la misma zona de transición [...] es casi siempre posible atribuir cada habla local al aragonés o al catalán, con pocas excepciones de verdaderas hablas mixtas —que, según los criterios que se apliquen, se podrían atribuir al catalán o al aragonés, respectivamente—, como ocurre, p. ej., con el habla de Laguarres. Debido a esa posibilidad de clasificación de las hablas locales como catalanas o aragonesas (con las pocas excepciones señaladas), se puede hablar —a pesar de todos los fenómenos de interferencia, mezcla, etc.— de una frontera catalano-aragonesa (*Gran Enciclopedia Aragonesa*, s. v. *Ribagorzano*).

A pesar de los esfuerzos del redactor en la última frase, parece que su conclusión no se sigue de lo que ha descrito antes. Cabe señalar de nuevo que en absoluto quiero dar a entender que las agrupaciones de lenguas-i que llamamos lenguas-e sean irrelevantes, inútiles o inadecuadas desde el punto de vista científico, sino solo señalar que en muchas ocasiones se puede perder la perspectiva y asumir que la realidad de la que tenemos que partir, que el objeto de estudio básico, son esas fragmentaciones arbitrarias y no su realidad subyacente. Pero este es un error común, incluso entre los lingüistas. Es comprensible además que el error sea más corriente entre los lingüistas que hemos caracterizado informalmente como «lingüistas naturalistas», puesto que (como sus colegas los biólogos naturalistas) tienen como objeto de estudio central la lengua-e y no la lengua-i (la especie, y no la realidad molecular de sus individuos en el caso de los biólogos).

Las decisiones de segmentación que hacen los lingüistas (y en las que se basan las opiniones expresadas, por ejemplo, en la cita anterior) se fundamentan en el estudio taxonómico de las manifestaciones lingüísticas (y en el conocimiento de su evolución histórica). Así, al igual que para el entomólogo el tamaño o la orientación de una antena es crucial a la hora de clasificar un grupo de insectos,

o al igual que para el ornitólogo la coloración de unas plumas o la curvatura de un pico son relevantes a la hora de clasificar ciertas aves (como puso de manifiesto el propio Darwin en su famoso viaje en el *Beagle*), para el lingüista son cruciales aspectos como la terminación de la conjugación del verbo en el pasado imperfecto de indicativo, la sonorización de cierto sonido en contacto con otro, la diptongación de una vocal, o la elección de cierto pronombre o de cierto orden de constituyentes. De este modo, los dialectólogos son capaces de detectar diversas modalidades de habla en cualquier comunidad lingüística aparentemente homogénea, tanto como los entomólogos, los ornitólogos o los botánicos son capaces de encontrar diversos tipos de variedades en especies aburridamente homogéneas para los profanos. En todos los casos esta tarea es imprescindible para explicar el origen, la evolución y la formación de tales entidades (sean lenguas o especies naturales).

Como he señalado en los apartados anteriores, el problema aparece cuando se trata de determinar, en función de esos rasgos diferenciales, dónde acaba un grupo de individuos y comienza el siguiente, esto es, un grupo distinto. Aunque en el resto de esta aportación se va a usar como ilustración el que he denominado *problema de la lengua aragonesa*, lo cierto es que los mismos problemas se pueden encontrar en cualquier lugar del mundo, puesto que, como hemos visto, en todos los lugares del mundo lo que realmente existe es una continuidad de «individuos» intrínsecamente distintos y con variables grados de semejanza. Es por ello que, en realidad, se trata de un *falso* problema.

## 6. EL FALSO PROBLEMA DE LA LENGUA ARAGONESA

En términos simples el (falso) problema de la lengua aragonesa se puede enunciar como sigue: cómo podemos determinar si los grupos de lenguas-i que los dialectólogos han identificado, tales como, por ejemplo, el cheso, el benasqués o el belsetano se pueden agrupar en una lengua-e que podamos denominar aragonés o no<sup>9</sup>. Nótese que no me estoy refiriendo ahora a la también larga polémica de si se debe o no acuñar una norma común a dichas variedades lingüísticas, un problema claramente relacionado con el anterior y sobre el que se basa su discusión, pero lógicamente independiente.

---

9. En realidad no se trata de si se puede o no se puede (es obvio que se puede, si se quiere), sino de analizar y caracterizar en qué criterios se basan las enfrentadas opiniones al respecto.

He argumentado en las páginas precedentes que desde el punto de vista biolingüístico lo que existe es un entramado continuo de lenguas-*i* que únicamente es segmentable de manera arbitraria. Puesto que los criterios de delimitación son arbitrarios, se explica que haya personas a las que ciertos criterios les parecen adecuados y haya personas a las que les parezca que no lo son y, por tanto, se explica que los expertos en lingüística aragonesa puedan tener opiniones aparentemente contradictorias. Así, para Nagore «las modalidades populares» habladas en el Alto Aragón son manifestaciones de una misma lengua-*e*, el aragonés:

Prescindamos ahora de las maledicentes afirmaciones de que el aragonés es un ‘invento’. Tales afirmaciones no pretenden sino la descalificación total y global del aragonés y sería vano cualquier tipo de razonamiento; pero suponiendo que quienes la emiten quisieran razonar, se verían forzados a admitir que el aragonés es algo real, vigente y documentable y cuya base —a falta de una simple sistematización— se encuentra en las modalidades populares habladas hoy en el Alto Aragón (Nagore 1989: 17-18).

Castañer, por su parte, sugiere lo contrario:

En mi opinión, la protección de las hablas altoaragonesas debe ir encaminada a la valoración y promoción de cada una de ellas, al afianzamiento de las que sobreviven, no sea que por salvar una lengua normalizada, artificiosa, acabemos por perder el auténtico patrimonio; de esta manera es posible, incluso, que pueda llegarse a algún tipo de igualación de variantes no muy acusadas, pero parece difícil que la norma sea una sola y que en ella se identifiquen, por ejemplo, el cheso, el benasqués o el bajoarribagorzano (Castañer 1999: 290).

En principio puede resultar sorprendente que dos reputados especialistas tengan opiniones tan diferentes sobre si estos conjuntos dialectales (o «modalidades populares») son variedades de la misma lengua-*e* o lo son de distintas lenguas-*e*. Pero ahora estamos en disposición de entender mejor que en realidad no es tan sorprendente: puesto que los criterios que empleamos son arbitrarios, el desacuerdo no tiene que ver estrictamente con la realidad de los hechos lingüísticos, sino con los criterios escogidos para hacer la segmentación.

Pongamos por caso que empleamos para dirimir la cuestión el criterio histórico. Si pudiéramos demostrar que todas esas variantes aragonesas tienen un ancestro común que excluyera a las demás (esto es, si pudiéramos demostrar la existencia de un proto-aragonés), entonces podríamos usar ese argumento para justificar la segmentación, en el

sentido de que las variantes catalanas, occitanas y castellanas tendrían protolenguas diferentes. Pero la elección del criterio genético o histórico no deja de ser arbitraria, no solo porque de lo que se discute es de una realidad sincrónica actual, sino porque la elección del momento histórico de fragmentación también sería arbitraria<sup>10</sup>.

## 7. DEJANDO HABLAR A LAS LENGUAS

Consideremos, sin ninguna pretensión de rigor filológico, algunos ejemplos reales para ilustrar someramente las dificultades inherentes a la tarea de segmentación de lenguas-e en la realidad lingüística continua de la familia romance, enfocando singularmente tres variedades aragonesas y en relación con muestras de lenguas como el castellano, el catalán, el francés y el italiano<sup>11</sup>:

(1)

Castellano: Iba hacia la iglesia (él).

Cheso: Caminaba ta la ilesia.

Belsetano: Iba cara la ilésia.

Benasqués: Anabe cara ta illésia.

Catalán: Anava cap a l'església.

Francés: Il allait vers l'église.

Italiano: Andava verso la chiesa.

(2)

Castellano: En este hueco se ha escondido una comadreja.

Cheso: En iste foráu s'a calau una paniquesa.

Belsetano: En este frato s'a ficata una panitiecha.

Benasqués: A ixo foráu s'a ficáu una paniquera.

Catalán: En aquest forat s'ha ficat una mostela.

Francés: Une belette s'est cachée dans ce trou.

Italiano: In questo buco si è nascosta una donnola.

---

10. Así, la agrupación como lengua-e de ciertos grupos disímiles de lenguas-i dependería del momento histórico elegido: si establecemos el corte en el siglo II d. C. todas las lenguas románicas serían dialectos de la misma lengua-e (pues todas tendrían una protolengua común), mientras que si lo hacemos en el siglo XIX la fragmentación sería obviamente distinta (pues habría muchas más protolenguas tomadas como base). El argumento histórico es, obviamente, relevante desde el punto de vista de la lingüística histórica, pero desde el punto de vista sincrónico, en la subdivisión de Dixon, no es un argumento estrictamente «lingüístico», sino «político».

11. Los ejemplos de variedades aragonesas están tomados de Rohlfs (1984). Los ejemplos de catalán, francés e italiano son gentileza de Javier Giralt, Sandrine Deloor y Carmen Solsona, respectivamente.



(3)

- Castellano: Este año hemos cogido poco trigo y muchas patatas.  
Cheso: Ista añada hemos plegáu poquet grano y muitas trufas.  
Belsetano: Est' año emos plegato poco trigo e mutas trunfas.  
Benasqués: Enguán em pllegáu poco blláu y moltes trunfes  
Catalán: Enguany hem arreplegat poc blat i moltes trumfes.  
Francés: Cette année nous avons eu peu de blé et beaucoup de pommes de terre.  
Italiano: Quest'anno abbiamo raccolto poco grano e molte patate.

(4)

- Castellano: Hace falta que llueva para que la hierba crezca.  
Cheso: Fa falta que bi haiga plebia pa que se faga gran la yerba.  
Belsetano: Cal que pleba pa que la yerba creixa.  
Benasqués: Cal que pllógüe ta que la yerba créixque.  
Catalán: Cal que plogui perquè l'herba creixi.  
Francés: Il faut qu'il pleuve pour que l'herbe pousse.  
Italiano: È necessario che piova perché cresca l'erba.

(5)

- Castellano: ¿Se puede saber de dónde vienes?  
Cheso: Pué sabése de dó vienes?  
Belsetano: Se pué sapér per aón bienes?  
Benasqués: ¿Se puede sabre d'agón biens?  
Catalán: Es pot saber d'on véns?  
Francés: On peut savoir d'où tu viens?  
Italiano: Si può sapere da dove vieni?

(6)

- Castellano: No he podido cerrar un ojo en toda la noche.  
Cheso: No he podiu zarrar lo güello en toda la nuéy.  
Belsetano: No he puesto cerrar un güello en tota la nuèt.  
Benasqués: No he puesto clucá un güello en tota la nit.  
Catalán: No he pogut aclucar l'ull en tota la nit.  
Francés: Je n'ai pas pu fermer l'oeil de toute la nuit.  
Italiano: Non ho potuto chiudere occhio per tutta la notte.

Aunque las conclusiones son similares en todos los casos, para simplificar la discusión usaré de momento solo los ejemplos de (6). Así, consideremos primero el italiano («Non ho potuto chiudere occhio per tutta la notte») y el castellano («No he podido cerrar un ojo en toda la noche»): ¿son dos variantes de la misma lengua o dos lenguas distintas? A pesar de las opiniones de Adolf Hitler, y a sabiendas de

que es una decisión arbitraria, parece razonable asumir que se trata de dos lenguas-e distintas. La razón de esta decisión no se basa, sin embargo, en el criterio de mutua inteligibilidad (que sería discutible), sino esencialmente en aspectos externos («políticos», en el uso de Dixon). No obstante, el propio hecho de que nos planteemos la pregunta se basa en evidentes diferencias formales entre las expresiones consideradas. La base lingüística de la decisión se cifra esencialmente en las discrepancias sistemáticas en la fonología, la morfología y el léxico. Así, por ejemplo, el sonido oclusivo sordo intervocálico en italiano es sonoro en castellano (*potuto* vs. *podido*, *tutta* vs. *toda*), el sonido velar fricativo sordo en castellano es oclusivo en italiano (*ojo* vs. *occhio*) y el africado palatal en castellano es oclusivo en italiano (*noche* vs. *notte*).

Consideremos ahora el cheso («No he podiu zarrar lo güello en toda la nuéy»). Si usamos el criterio de inteligibilidad, podríamos decir que el cheso es una variante de la misma lengua-e que el castellano. Puesto que hemos decidido considerar el castellano y el italiano como dos lenguas-e distintas basándonos en aspectos «políticos» y en diferencias formales regulares, lo mismo podríamos aplicar al cheso. Sería por tanto una lengua-e diferente al castellano (y al italiano), en este caso basándonos, por ejemplo, en la diferencia sistemática de las soluciones del cheso frente al castellano (y el italiano): *güello* vs. *ojo* (vs. *occhio*) o *nuéy* vs. *noche* (vs. *notte*).

Si ahora consideramos otra variedad aragonesa, el belsetano («No he puesto cerrar un güello en tota la nuèt»), podemos plantearnos si es la misma lengua-e que el cheso. De nuevo, el criterio de inteligibilidad es ineficiente, pues lo agruparía simultáneamente al castellano (y posiblemente al italiano). El problema es que, si queremos mantener que es la misma lengua que el cheso, no podremos evitar que usando el mismo tipo de criterios se nos incluya también el castellano. Podemos evitar el castellano basándonos en la coincidencia en cheso y en belsetano de la solución *güello* (vs. *ojo*), pero entonces tendremos la contradicción de que cheso y castellano coinciden en soluciones que antes eran relevantes para diferenciar (como *podido* / *podiu* vs. *puesto* o como *toda* / *toda* vs. *tota*). Por dejarlo más claro: si la diferencia entre *toda* y *tutta* antes era relevante para diferenciar el castellano del italiano, ahora no podemos ignorar la diferencia entre *toda* y *tota* en cheso y belsetano, salvo que apliquemos criterios adicionales. Nótese que afirmar que oposiciones como *podiu* vs. *puesto* o *nuéy* vs. *nuét* son

variantes intralingüísticas de la lengua-e X no deja de ser una decisión arbitraria que excluye por criterios históricos, geográficos (u otros criterios «políticos») variantes no más disímiles de la lengua-e Y, como *noche*, *podido* u *ojo*.

Añadamos ahora otra variante aragonesa tradicional, el benasqués («No he puesto cllucá un güello en tota la nit»). Si hace un momento hemos establecido que la oposición entre los términos chesos *podiu* y *toda* vs. los belsetanos *puesto* y *tota* nos permitiría afirmar que el cheso y el belsetano pertenecen a lenguas-e distintas, la presencia de *puesto* y *tota* en benasqués (junto con *güello*, común a las tres variantes aragonesas) nos autoriza a decir que el belsetano y el benasqués son la misma lengua-e. Sin embargo, el benasqués (frente a todos los ejemplos considerados hasta ahora) comparte con el catalán («No he pogut aclucar l'ull en tota la nit») la raíz léxica del verbo (ben. *cllucá* y cat. *aclucar*) y la forma del nombre 'noche' (*nit* en ambos casos). Por su parte, tanto el belsetano como el benasqués y el catalán comparten la solución al grupo /k'1/ (*güello* y *ull*) frente al castellano (*ojo*). Si insistimos en que el belsetano y el benasqués son la misma lengua-e porque comparten *puesto*, *güello* y *tota*, entonces necesariamente hemos de excluir el cheso (que presenta *podiu* y *toda*).

Pero volvamos al catalán: ¿es la misma lengua-e que el benasqués o distinta? Puede parecer una pregunta ociosa si aplicamos criterios «políticos», pero no tanto si consideramos las soluciones lingüísticas. A la vista de los ejemplos (y aun aceptando su carácter fragmentario), resulta difícil argumentar que el benasqués se parece más al cheso que al catalán (que, nótese, es catalán oriental, no una variedad del catalán de Aragón, aún más similar al benasqués). Si decimos que el benasqués es aragonés porque usa *güello*, entonces podríamos decir también que el benasqués y el catalán son la misma lengua porque en ambas se dice *nit* o *tota*. En absoluto pretendo poder decir nada sobre la filiación genética del benasqués (véase al respecto Saura Rami 2017), sino simplemente mostrar que si afirmamos que el benasqués es una muestra de la misma lengua-e que el belsetano y el cheso, difícilmente podremos mantener la coherencia de nuestra argumentación para excluir de tal lengua-e el castellano (por un lado) y el catalán (por el otro).

Y todo esto es así porque, como antes he argumentado, lo que en realidad encontramos desde un punto de vista estrictamente lingüístico es un grumoso continuum dialectal que en realidad va desde el extremo

occidental gallego hasta el extremo oriental en Barcelona y desde el norte asturiano y occitano hasta el remoto sur de la Tierra de Fuego, pasando por las islas Canarias. Por supuesto, la frontera nororiental se puede ampliar. Si consideramos el francés («Je n'ai pas pu fermer l'oeil de toute la nuit»), de nuevo cabe la misma pregunta: ¿es la misma lengua-e que el catalán? Y de nuevo vemos firmes argumentos para afirmar que no, pero es importante volver a tener presente que cuando negamos que sean muestras de la misma lengua-e, lo hacemos basándonos en argumentos que igualmente podríamos usar para decir que el cheso, el belsetano y el benasqués son distintas lenguas entre sí. Negar que las diferentes modalidades aragonesas sean manifestación de una misma lengua-e es, por tanto, tan lícito como afirmar que el castellano y el cheso son lenguas distintas, que francés y el catalán son lenguas distintas o que el castellano y el italiano son lenguas distintas.

A nadie debería escandalizar, por tanto, tal afirmación. Al contrario, se puede considerar la más coherente desde el punto de vista lingüístico y sincrónico, de manera que si decidimos (arbitrariamente), basándonos en diferencias lingüísticas sistemáticas, que el italiano y el castellano son diferentes, manteniendo el mismo criterio podemos decir que el castellano y el cheso son diferentes, y manteniendo el mismo criterio, podemos decir que el cheso y el belsetano son diferentes, que el belsetano y el benasqués son diferentes, que el benasqués y el catalán son diferentes y que el catalán y el francés son diferentes.

En la tabla 1 se propone un ejercicio informal de dialectometría tomando los datos de los ejemplos de (1) a (6) y recogiendo las coincidencias entre los seis pares de lenguas contiguas.

LENGUAS, LINGÜISTAS Y EL PROBLEMA DE LA LENGUA ARAGONESA

Castellano / Cheso	Cheso / Belsetano	Belsetano / Benasqués	Benasqués / Catalán	Catalán / Francés	Francés / Italiano
(1) -	(1) ilesia/ilésia	(1) cara/cara ilésia/illésia	(1) anaba/ anava	(1) església/ église	(1) vers/verso
(2) en/en	(2) en/en foráu/frato paniquesa/ panitiecha	(2) frato/foráu ficata/ficau panitiecha/ paniquera	(2) foráu/forat ficau/ficat	(2) -	(2) -
(3) hemos/ hemos	(3) plegáu/ plegato muitas/ mutas trufas/ trunfas hemos/ emos	(3) plagato/ pllegéu trunfas/ trunfes	(3) enguán/ enguany hem/em pllegéu/ arreplegat blláu/blat moltes/ moltes trunfes/ trunfes	(3) blat/blé	(3) année/anno
(4) falta/falta hierba/ yerba para/pa	(4) plebia/ pleba yerba/yerba	(4) cal/cal pleba/ pllóugüe yerba/yerba creixa/ créixque	(4) pllóugüe/ plogui créixque/ creixi cal/cal	(4) herba/herbe plogui/ pleuve	(4) herbe/erba
(5) dónde/do	(5) -	(5) aón/agón	(5) sobre/saber agón/on	(5) saber/savoir on/ou	(5) -
(6) podido/ podiu cerrar/ zarrar toda/toda	(6) cerrar/ zarrar güello/ güello nuéy/nuèt	(6) puesto/ puesto güello/ güello tota/tota nuèt/nit	(6) cllucá/ aclucar güello/ull tota/tota nit/nit	(6) tota/toute nit/nuit	(6) toute/tutta nit/notte
9	13	16	18	8	5

TABLA 1. Rasgos comunes mostrados por pares de lenguas.

El número de coincidencias formales (léxicas, morfológicas y fonológicas) entre las distintas variantes (calculado al final de cada columna) se podría considerar una especie de «índice de semejanza». Observamos que el mayor índice de semejanza es el que agrupa el benasqués con el catalán (18), más o menos en el mismo nivel que el índice entre el belsetano y el benasqués (16), que a su vez es análogo, aunque mayor, que el índice de semejanza entre el belsetano y el cheso (13). La distancia entre el cheso y el castellano es solo un poco mayor que con el belsetano. Lo que esta medición informal parece mostrar (dentro de las limitaciones propias del criterio laxo en la selección de semejanzas y del reducido tamaño de la muestra) es que no hay más razones objetivas para agrupar el cheso con el belsetano y el benasqués que las que hay para hacerlo de otra manera, y que hay tanta evidencia para considerar el benasqués como afín al belsetano como para hacerlo con respecto al catalán. Únicamente si cambiamos de criterio al abordar las «modalidades populares» aragonesas obtendremos una agrupación distinta (incluyendo, por ejemplo, criterios históricos y geográficos, esto es, no estrictamente lingüísticos, sino «políticos»).

Es importante ahora que quede claro que, al igual que no hay razones estrictamente lingüísticas para afirmar que el cheso, el belsetano y el benasqués son miembros de la misma lengua-e, tampoco las hay para negarlo. Por eso precisamente he afirmado que el problema de la lengua aragonesa es un *falso problema*. Es un falso problema lingüístico, pero, obviamente, no es un falso problema «político», sino un problema muy real.

#### 8. CONCLUSIÓN: NO CONFUNDAMOS LO LINGÜÍSTICO CON LO POLÍTICO

He mencionado ya que el único criterio estrictamente lingüístico para definir qué es una lengua-e es el de la mutua inteligibilidad, lo que nos lleva a afirmaciones que contrastan con toda la tradición filológica y con la percepción social, cultural y política de las lenguas. Me refiero a afirmaciones tales como que el español, el gallego, el asturiano, el catalán y el aragonés (y quizá el portugués) son en realidad variantes de una misma lengua-e, que es lo único que puede sostenerse desde el punto de vista biolingüístico aquí adoptado. Todo lo demás, como señala Dixon, son criterios no lingüísticos («políticos», en su terminología).

Nótese que hasta ahora he operado con una simplificación que conviene tener en cuenta: que lenguas como el castellano, el catalán

o el italiano con las que he comparado las lenguas aragonesas no incluyen a su vez muchas «modalidades populares» que nos obligarían a plantearnos las mismas preguntas. Así, ante la afirmación de que el cheso es una lengua diferente que el belsetano podría objetarse, no sin razón, que el español hablado en Cádiz es una lengua diferente al español hablado en Burgos. La razón por la que decimos que el español hablado en Burgos y el español hablado en Cádiz son la misma lengua, mientras que el cheso o el catalán de Tamarite de Llitera son lenguas diferentes sería de nuevo puramente «política» y no estrictamente lingüística (incluyendo el hecho notable de que ambas variedades del español usan la misma norma escrita)<sup>12</sup>.

La cuestión acuciante para el aragonés es por tanto decidir qué criterios «políticos» se deben emplear para su preservación y para resolver el dilema de si una norma común para todas sus variantes sería un instrumento eficaz en dicho objetivo o si, como algunos pensamos, sería deletéreo (véanse Monge 1999, Castañer 1999, o Mendívil-Giró 2006a para argumentos en este sentido).

Debo insistir en que el punto de vista estrictamente biolingüístico en el que he basado la presente aproximación no implica en absoluto que la pretensión de que las variedades aragonesas se consideren parte de una misma lengua-e sea infundada. Ni tampoco la contraria. Lo que he querido mostrar es que esa no es una cuestión lingüística, sino «política» (en el sentido amplio de la palabra).

He mostrado que cualquier argumento basado en la semejanza formal que empleemos para mantener la agrupación de las variantes aragonesas como el cheso, el belsetano y el benasqués, excluyendo el castellano y el catalán, será incoherente y contradictorio, ya que deberá usar criterios distintos en unos casos y en otros. Por ejemplo, usando criterios de diferencia formal en unos casos y criterios históricos o geográficos en otros. Si no aplicamos criterios distintos, entonces los mismos argumentos que sirven para decir que el cheso y el benasqués son variantes de la misma lengua nos dictan que el cheso es una variante del castellano (o viceversa) y que el benasqués es una variante del catalán (o viceversa).

La cuestión, entonces, escapa a lo que el lingüista (*qua* lingüista) puede hacer. Las razones para usar criterios diferentes serán entonces

---

12. De hecho, con variaciones mayores que las que hemos observado en las modalidades aragonesas se agrupan lenguas de otros lugares del mundo, y no me refiero a los ejemplos típicos del árabe o el chino, sino a lenguas mucho menos conocidas de Sudamérica, de África o de Australia. En modo alguno se justifica que se apliquen aquí criterios diferentes a los que aplicamos en el llamado tercer mundo.

prácticas o políticas, esto es, razones extralingüísticas del tipo de las que empleamos para afirmar que el serbio y el croata son lenguas distintas (cuando en realidad son la misma) o para afirmar que el árabe marroquí y el sirio son la misma lengua (cuando en realidad son distintas).

Mi intención no es una argumentación hacia el absurdo. Todas las lenguas-e están compuestas por una gradualidad de variantes que terminamos agrupando como miembros de la misma lengua de manera arbitraria. Mi única intención era mostrar que lo que nos orienta en una dirección u otra no son criterios estrictamente lingüísticos (en el sentido del «lingüista molecular»), sino criterios distintos: criterios prácticos, ideológicos o históricos, esto es, «políticos». Y sobre estos la ciencia del lenguaje no tiene nada que decir.

Si un especialista defiende que el cheso, el belsetano o el benasqués son lenguas distintas, lo hace porque cree que sus peculiaridades son lo suficientemente relevantes como para merecer una conservación especial, y por ello preferirá una normalización independiente para cada una. Si otro especialista considera que son variantes de la misma lengua, lo hace porque cree que lo que tienen en común frente a otras variantes es lo suficientemente robusto como para neutralizar las diferencias entre ellas, por lo que preferirá una normalización conjunta.

En mi opinión, la lingüística, como ciencia del lenguaje humano, no tiene nada que decir al respecto, salvo que ninguna de las dos opciones tiene base científica alguna, porque no se trata de ciencia, sino de acción social y política. En tal caso, creo oportuno señalar que la decisión final debería ser de los propios hablantes y de nadie más.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Bloomfield, Leonard (1933): *Language*, Londres, George Allen & Unwin (citado por la versión española *Lenguaje*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1964).
- Boeckx, Cedrix, María del Carmen Horno y José-Luis Mendívil-Giró, eds. (2012): *Language, from a Biological point of view*, Newcastle, Cambridge Scholars Publishing.
- Castañer Martín, Rosa María (1999): «Las hablas altoaragonesas. Estado actual de la cuestión», en José M.<sup>a</sup> Enguita Utrilla, ed., *Jornadas de Filología Aragonesa. En el L aniversario del AFA*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», vol. II, 265-317.
- Chomsky, Noam (1985): *Knowledge of Language: Its Nature, Origin and Use*, Nueva York, Praeger.



- Darwin, Charles (1871): *The Descent of Man and Selection in Relation to Sex*. (Citado por la reproducción accesible en *On Line Literature Library*, <www.literature.org>).
- Dixon, R. M. W. (1997): *The Rise and Fall of Languages*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Jenkins, Lyle (2000): *Biolinguistics. Exploring the Biology of Language*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Juaristi, Jon (1997): *El bucle melancólico*, Madrid, Espasa Calpe.
- Mayr, Ernst (1942): *Systematics and the Origin of Species from the Viewpoint of a Zoologist*, Nueva York, Columbia University Press.
- Mendívil-Giró, José-Luis (2006a): «Lenguas en peligro y lenguas peligrosas. Lingüística, política lingüística y política a propósito de la llamada lengua aragonesa», *Archivo de Filología Aragonesa*, 59-60, vol. II, 1429-1445.
- (2006b): «Language and Species. Limits and Scope of a Venerable Comparison», en Joana Roselló y Jesús Martín, eds., *The Biolinguistic Turn. Issues on Language and Biology*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 82-118.
- (2009): *Origen, evolución y diversidad de las lenguas. Una aproximación biolingüística*, Frankfurt, Peter Lang.
- (2012): «El concepto de *lingua* en la lingüística reciente. Breve reflexión sobre un malentendido duradero», en José-Luis Mendívil-Giró y María del Carmen Horno, eds., *La sabiduría de Mnemósine*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 63-74.
- Monge, Félix (1999): «Los aragoneses ante su habla», en José M.<sup>a</sup> Enguita Utrilla, ed., *Jornadas de Filología Aragonesa. En el L aniversario del AFA*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», vol. I, 165-179.
- Moreno Cabrera, Juan Carlos y José-Luis Mendívil-Giró (2014): *On Biology, History and Culture in Human Language. A Critical Overview*, Sheffield, Equinox.
- Nagore, Francho (1989): *Gramática de la lengua aragonesa*, Zaragoza, Mira Editores, 5.<sup>a</sup> ed.
- Rohlf, Gerhard (1984): «Dialectos del Pirineo aragonés (semejanzas y diferencias)», *Archivo de Filología Aragonesa*, 34-35, 215-217.
- Saura Ramí, José Antonio (2017): «L'autonomía de la llengua ribagorsana seguntes l'anàlisi de la onomàstica y el lexico documentals (ss. IX-XI)», en Emili Casanova, ed., *Onomàstica romànica: antroponímia dels expòsits i etimologia toponímica, especialment de València*, Valencia, Denes, 835-850.
- Saussure, Ferdinand de (1916): *Cours de linguistique générale*, París, Payot. (Citado por la versión española *Curso de lingüística general*, Madrid, Alianza, 1983).
- Smith, Neil (1999): *Chomsky: Ideas and Ideals*, Cambridge, Cambridge University Press. (Citado por la versión española *Chomsky: ideas e ideales*, Madrid, Cambridge University Press, 2001).
- Turrión, Miquel (2010): «Política lingüística: la ley de lenguas propias de Aragón», *Punto y coma. Boletín de los Traductores Españoles de las Instituciones de la Unión Europea*, 117, 56-67.